

## EL IMPERIO.

DESDE GALBA HASTA TRAJANO.

---

### LECCION SEGUNDA

SEÑORES:

Vamos á describir una de las épocas mas dolorosas del imperio romano, incierta en sus ideas, indecisa en sus luchas, agitada por continuos movimientos y cambios; sin fé, sin virtudes; nacida de una larga servidumbre, y como la servidumbre, flaca y vil; época, en que toda idea de derecho se borra en la mente del pueblo, y todo hábito de obediencia en el ánimo del soldado; época, en que la religion antigua se pierde, sin que las conciencias se aperciban á recibir un nuevo dogma, ni los corazones á sentir el calor de una nueva fé; época en que los lazos de la familia se quebrantan y los dulces y amorosos sentimientos de la amistad se olvidan; época manchada con guerras civiles y extranjeras, con delaciones infames, con asesinatos horribles, con perjuicios, con la rebelion de quien debia obedecer y la esclavitud de quien debia mandar, con el reinado de príncipes, cuyas armas son juguete de las alteradas pasiones; época, que se ahoga en una orgía inmensa de lágrimas y sangre, como suele acontecer á todas las épocas, que olvidadas del principio de libertad, alma de nuestra alma, esencia de nuestro sér, venden la dignidad y la responsabilidad del hombre, móviles de las grandes acciones, de los preclaros hechos, al capricho cambiante y tornadizo de un insensato tirano.

La verdad es, señores, que el mundo romano pasaba por una crisis suprema, en la cual ni se avenía con la pérdida de la antigua libertad, ni dejaba la nueva servidumbre. La imágen de la República se alzaba como una sombra querida del seno de todas las tempestades; y los ánimos levantados, los que aun guardaban con amor el recuerdo de los grandes tiempos de Roma, al contemplar el envilecimiento y la prostitución universal, renunciaban á la grata esperanza de tornar á ver la patria de sus padres. Esta situación extraordinaria del mundo antiguo, tan digna de nuestro estudio, prueba, señores, que la virtud es la compañera inseparable de la libertad. El patriciado romano se olvidó de los campos, de los campamentos, de su antiguo estoicismo, para acordarse solo de allegar riquezas y saborear placeres; el pueblo, cansado de luchar, se entregó á un hombre que le dirigiese y le representase, cambió su derecho por un bocado de pan, sus armas por las fiestas, sus comicios por el circo y el teatro; y pueblo y patriciado cayeron bajo el peso de las cadenas, rendidos mas bien por sus propios vicios que por el poder y la fuerza de sus señores.

Y sin embargo, cuanto mas miro y estudio la caída de la República romana, mas me afirmo en mis antiguas ideas sobre este grandioso acontecimiento. La República debió haber realizado el ideal del derecho, que traía en su seno la nueva filosofía; no lo realizó, y vino necesariamente á realizarlo la fuerza. La República debió abrir las puertas de Roma á toda la humanidad; se empeñó en cerrarlas, y vió destrozadas esas puertas por el hacha sangrienta de la dictadura. La República debió levantar las clases desheredadas, conseguir la igualdad en la libertad; quiso degradar esas clases, quiso mantener los privilegios, y trajo la igualdad en la servidumbre. La República debió haber cedido á los clamores de los plebeyos en la cuestion social como habia cedido en la cuestion política y en la cuestion religiosa, quiso aherrrojar las clases pobres en la abyección, en la miseria, y la abyección dió de sí la servidumbre, y la miseria, la muerte. Una libertad privilegiada, una libertad aristócrata, una libertad que no se funda en el derecho, que no reconoce y proclama la libertad, condicion de la existencia de todas las libertades, despues de engendrar una lucha estéril, se quebranta y rompe necesariamente; porque esa libertad es una cadena mas pesada para el pueblo que la misma servidumbre; y como la libertad romana, que habia animado los altares con un nuevo fuego, los comicios con un nuevo derecho, la plebe con un nuevo espíritu, al tocar en la organizacion social, que será siempre la raíz

de la libertad, retrocedía, y se tornaba privilegio para el noble, y abyección para el pueblo, como queria vivir de una gran injusticia atraído sobre Roma fatalmente, pues en la sociedad como en la naturaleza cada cosa engendra su semejante, atrajo la injusticia enorme del imperio. La responsabilidad del imperio cae sobre la frente de la aristocracia romana.

¡Y qué estado, señores, el estado de Roma tan terrible! Las religiones, los ejércitos, habian aprendido con la caída y encubramiento de los emperadores que era suyo el imperio, y un imperio que solo pertenece á la fuerza, pertenece á la injusticia. Y el ejército, en verdad, no era aquel ejército, precedido de la victoria, disciplinado por una autoridad sagrada, compuesto de ciudadanos nacidos en el recinto del Poemurium, protegido por las divinidades de la antigua Roma, ganoso mas que del botin de cefir ó una corona de encina ó una corona de laurel, amante de la ciudad, por cuyo engrandecimiento exhalaba de grado la sangre y el espíritu; no era aquel ejército que se movía como un solo hombre á la voz de sus generales, que llevaba en sus lanzas la luz de una nueva idea, que abría los sarcos de la tierra para derramar la semilla de la civilizacion; no era aquel ejército, que habia espantado la tierra y sometido las naciones, y arrastrado á su carro todos los reyes; no, señores, era un ejército mercenario, indisciplinado, pronto á la rebelion, tardo á la obediencia, dispuesto á rasgar con sus lanzas la púrpura imperial, reclutado entre los enemigos mismos del nombre romano, sostenido por el cebo del luero y de las ganancias; sin conocimiento del derecho, sin amor á la libertad, sin respeto siquiera á la reina de las naciones; ejército que aparece siempre despues de las grandes catástrofes en todas las épocas infaustas en que pierden los corazones el sentimiento de la propia dignidad y las conciencias la intuición divina de la justicia. El pretoriano, cuya influencia social comienza en este supremo instante, ávido de placeres, ganoso de dinero, dado al juego y al vino, poseído de todas las pasiones, amante del peligro, mal hallado con el reposo, anhelando tratar en sus campamentos la política, como si los campamentos fueran comicios, conociendo que á su alrededor solo habia un Senado sin conciencia, y un pueblo sin libertad; ora por probar su poder, ora por divertir su gusto con grandes y entretenidos espectáculos, ora por allegar mas dinero; gozándose en levantar emperadores y derribarlos, en dar cada dia, si era posible, un nuevo dueño al mundo, en mudar gefes como se mudan de vestiduras y de nombre los histriones en el tea-

tro, en demostrar que sus lanzas eran el único título de derecho que tenían los Césares; calamidad tristísima que debía dar en tierra, mas tarde ó mas temprano, con el imperio, porque no hay cosa, para sostener los poderosos Estados, mas débil que la fuerza.

Y aquella sociedad no tenía para estos grandes males remedio. La fuerza de los ejércitos no podía ser compensada por ninguna otra fuerza. Perdido el ideal de la sociedad antigua, aunque el espíritu de un nuevo derecho corría en el fondo de todos los hechos y de todas las instituciones como una sávia oculta, la sociedad llagada, enferma, no sabía ni qué temer, ni qué esperar, y no tenía un instrumento con que contrastar la fuerza de la espada. El trabajo, que es la gran redención de los pueblos esclavos, de los pueblos desgraciados, no podía salvar á Roma. Aquella sociedad tenía en su seno una idea corrosiva bastante á matarla y destruirla, una idea que la filosofía iba poco á poco desvaneciendo, pero que la sociedad, tarda en seguir el vuelo del pensamiento, conservaba todavía la idea horrible de la desigualdad natural de los hombres. Esta idea infundía en unos aliento, en otros humillacion y vergüenza; levantaba á unos al dominio del hombre, y precipitaba á otros en degradante esclavitud. Los nacidos para dominar, creían que el trabajo les degradaba y envilecía, y pasaban su vida en sus grandes palacios y en la plaza, ora tendidos en sus lechos, ora vagando por sus pórticos, ora en el aromático baño, ora en el teatro, ora en el circo, siempre en la sociedad, nunca en el trabajo. El aristócrata antiguo, al emanciparse del trabajo, rompía una ley de la naturaleza humana, y como el quebrantamiento de las leyes naturales trae siempre consigo el mal, aquellos aristócratas sin trabajo, eran un gravísimo peligro para el imperio, porque su ociosidad corrompía las costumbres é infestaba los aires. Aquellos hombres, llenos de riquezas allegadas sin trabajo y dispendiadas sin consideracion; ajenos á las luchas políticas, porque el Foro estaba cerrado y abandonada la plaza pública; indiferentes en religion, pues sentían que el frío de la muerte apagaba el fuego en los altares y la idea celeste en los dioses; corrompidos por aquel epicureismo, que helaba los corazones, y poco á poco les hacía caer en la indiferencia; sin amor á la patria, pues la patria era para ellos un inmenso calabozo, sin respeto al imperio, que temían como se teme á los tiranos; y la tiranía, si infunde miedo, no puede infundir nunca respeto; lastimados de la pérdida de la libertad, pero faltos de valor para recobrarla; derramando muchas lágrimas por la República, pero poco dispuestos á

derramar por la República su sangre; nunca aptos para las luchas y siempre dispuestos á recibir el frío beso de los placeres, disgustados de la vida que se arrastraba pesada y turbia mente en los festines; en tan extraordinario estado, en época tan difícil, cuando caían sobre su clase tantos males, cuando se condensaban sobre sus cabezas tantas tempestades; en vez de buscar en el trabajo alivio para sus dolores, fuerzas para sus cuerpos, y robustez para su misma naturaleza, caían en esa indolencia, en esa atonía, que paralizaba la vida, corrompía el espíritu, y lo precipitaba fatalmente en la servidumbre. El patricio entregaba toda su vida, toda su fuerza al esclavo. El esclavo le vestía, le bañaba, le seguía en toda la vida, le acompañaba al paseo, le servía de rodillas la comida, le arreglaba las cuentas de la casa, le sostenía en sus brazos hasta pasar de un lado á otro lado de la calle, le cultivaba las tierras, le guardaba los ganados, le divertía, le adulaba, le servía para blanco de sus odios, y muchas veces sentía y pensaba y quería por sus mismos dueños, absorbiendo su fuerza, su inteligencia, toda su personalidad; pues como la naturaleza humana no puede ser nunca engañada, ni eludida, aquellos esclavos, despojados de toda dignidad, de todo derecho, eran realmente los artífices principales de la sociedad, que los arrojaba de su seno, como si Dios quisiera de esta suerte castigar las injusticias de los hombres. El patricio descendía por su indolencia hasta anularse, y el esclavo se alzaba poco á poco á ennoblecerse por su trabajo. Pero la sociedad antigua levantada sobre los privilegios de la aristocracia, en esta flaqueza de las clases superiores, se destrozaba, se perdía. En tiempo de la República, la aristocracia iba á la guerra, y en la guerra ejercitaba su actividad, y vivía la vida tempestuosa, pero fecunda de la libertad; mas despues del imperio, como la señora de las naciones se entregaba vilmente á los mercenarios, y como los ejércitos eran reclutados en extraños países, el antiguo guerrero, el patricio que había aterrado al mundo, guardaba su espada enmohecida, sin gloria ya y sin brillo, oprimido por una desesperacion, que no podía aliviarse ni en el seno mismo de los campamentos que eran el gran teatro de la nobleza.

El pueblo romano caía en la misma degradacion, en el mismo abatimiento que la nobleza. Para él no existía en verdad la ley del trabajo. Sin recordar el día de ayer, sin curarse de hoy, sin pensar en mañana, su vida era vida de placeres y alegría, vida corruptora y venenosa. Seguro de que el pan nunca podía faltarle, ni á él ni á sus hijos, se daba á todos los vicios, que trae consigo la carencia del

trabajo, señores, del trabajo, que es la sal, que conserva sana y pura la vida. ¿Y qué podía inquietarle? El mundo era para el pueblo rey como un inmenso espectáculo; el emperador como un siervo. Desde que la gran dictadura revolucionaria se apoderó del mundo, el plebeyo no tuvo que pensar en política, porque el emperador pensaba por él; ni en leyes agrarias, porque siempre tenía pan; ni en humillar á la nobleza, porque la nobleza habia caído herida á sus plantas; ni en ir á los comicios, porque sus comicios eran el circo y el teatro; ni en las guerras, ni en los campamentos, porque los iberos, los galos, y hasta los mismos germanos velaban con sus armas el sueño de Roma, y la seguridad del imperio. ¿Qué podía faltarle? Pan tenía. La Aumona era su despensa pública; un prefecto perpetuo se encargaba de repartirle trigo, un prefecto, que daba disposiciones para que el romano comiese pan blanco y sabroso; el mundo entero le enviaba sus frutos; una flota inmensa tenía el destino de conducir trigos á Italia: Chipre, la Beozia, las Islas Baleares, Cerdeña, Córcega, Sicilia y Egipto, vaciaban sus cosechas en el granero de Roma, á cuyas puertas iba el plebeyo á recoger cuidadosamente su alimento, seguro de que nunca habia de faltarle, porque su alimento era la paz del mundo y la salud del imperio; de esa dictadura, que nacida contra las clases superiores, contra la aristocracia, fiaba todo su poder y toda su fuerza al brazo y á la autoridad de los plebeyos.

Y el pueblo se divertía como la misma aristocracia, y su vida era vida ligera gastada en fiestas y placeres. Asegurada la existencia de su cuerpo solo pensaba el plebeyo romano en divertir su alma. La sociedad se curaba de dar pan al pobre y también espectáculos, para mas hundirlo en la esclavitud, en el torpe olvido de la dignidad humana. El plebeyo tenía por palacio la ciudad entera; pórticos larguísimo adornados con estatuas de mármoles y bronceos eran sus paseos; bosques donde crecían las plantas de todos los climas y volaban las mas raras aves eran sus jardines; baños cubiertos de mosaicos, ricos en todas clases de jaspes, adornados con cuadros traídos de Grecia, encerrando maravillosas bibliotecas, eran sus salones; anfiteatros inmensos, abiertos en las rocas, mas duraderos que el tiempo, capaces de contener todo un pueblo; circos llenos de monolithos del Oriente, de colosos, de obeliscos, egipcios y naumaquias destinadas á los espectáculos navales, alimentadas por las aguas de caudalosos rios, pudiendo recibir en su seno una escuadra, abiertas algunas veces en la cima de las montañas entre nieves eternas, y templos, en que se reunían las mas

hermosas jóvenes á ofrecer sacrificio con los tributos de la naturaleza, á celebrar fiestas; danzas y conciertos eran sus fiestas; y la vida del pueblo, que necesita un cauce donde estenderse y correr, no pudiendo penetrar en los comicios, ni dilatarse por los campos de batalla, se desbordaba por baños, pórticos, bosques, circos, teatros y naumaquias; ansiosa de grandes emociones, que fingiesen la agitacion y el movimiento, ya que no la salud y la grandeza, de las libertades públicas.

Todavía, señores, cuando leo los grandes libros que la antigüedad nos ha legado, me parece que se levanta del polvo de los siglos uno de aquellos teatros, en que el pueblo romano se estendía y se espaciaba; el campo de Marte, por ejemplo, y la fantasía que da vida y color á los recuerdos históricos, finge y pinta en aquel campo los pórticos de cien columnas corintias; los teatros de Balbo y de Pompeyo con sus espaciosas galerías; el mausoleo de Augusto ornado con magníficas estatuas de bronce; el monolitho Egipcio de color de rosa, que se pierde entre los arreboles del cielo; el panteon circular, cortado en severas columnas, reverberando la luz en sus doradas cornisas, en sus chapiteles de bruñido acero; el bosque sagrado, que recuerda las glorias romanas con sus sepulcros de Escipion y otros mil héroes; el Anfiteatro, en que rugen las fieras; veinte y dos templos esparcidos aquí y allá, abiertos siempre, y siempre humeando el fuego del sacrificio; henchido el aire de cánticos, lleno el suelo de flores; el monte Vaticano á un lado, al otro la colina del Janiculo con sus fortalezas, como el casco de la ciudad guerrera; y limitado el horizonte y perdiéndose en sus últimas azuladas indecisas líneas, los varios y poblados jardines de Agripa; y en medio de tantos templos, de tantos circos y teatros, de tantos jardines, el esclavo con su túnica corta, el senador con su larga toga, la matrona en su carroza de marfil, el guerrero reflejando el sol en su casco, el gladiador que corre al circo entre los aullidos de la muchedumbre, el farsante que se apercibe á calzarse el coturno y encubrirse con su máscara, el sacerdote con sus guirnaldas de verbena en la mano, la vestal envuelta en su blanco manto, el filósofo epicúreo que se ríe de todo como un sátiro al pié de un bajo relieve; en una palabra, el pueblo, sí, el pueblo romano, que allí trasformaba la civilización y disponía de los destinos del mundo.

En verdad, señores, nada podía esperarse de este pueblo. La corrupción penetraba hasta el fondo de su corazón. La política venía á ser, no la ocupacion grave de los espíritus, no, la política venía á

ser un divertimento. El pueblo gustaba de las luchas de las guardias pretorianas, como de las luchas de los gladiadores en el circo, y asistía á ver la entrada y salida de los emperadores en el trono como á ver entrar y salir los farsantes en el teatro. El pueblo romano del imperio no era, no podia ser el pueblo romano de la República. El pueblo romano de la República era severo, batallador, austerísimo, dado á las inclemencias de los campamentos, gozándose en las batallas como si Dios lo hubiera destinado á las tempestades y la guerra. Sus costumbres eran frugales, su instinto político delicado y seguro, su vida el combate; cuando no peleaba por la patria en los campos, peleaba por la libertad en los comicios. Así ningún pueblo de la tierra ha sido mas porfiado en sus luchas, ni mas feliz en sus victorias. Coronado con la idea de su derecho, comprendiendo los privilegios en que se refugiaban sus enemigos, aquel pueblo llegó felizmente á la mas alta de sus conquistas, á la posesion de sí mismo por su libertad. Desde el polvo, donde estaba sumido, al rayar su historia, se levantó á ser rey, á ser legislador, como artífice de su mismo espíritu. Amaba aquel pueblo á Roma como el buen hijo ama á su madre, con ese cariño mezclado de respeto, que nunca profana, ni con el pensamiento, al objeto amado, y siempre está dispuesto al sacrificio. El carácter del pueblo romano es un carácter singular, único en la historia, lleno de vigor y de fuerza; carácter férreo, apto para el fin providencial á que le llamaba la historia. Dios habia destinado el pueblo romano á un fin supremo; habia destinado su conciencia á poseer la idea del derecho, su voluntad á fundir en un crisol la tierra. El pueblo de la República representa una faz del destino de Roma; y el pueblo del imperio representa otra faz de ese destino universal y humanitario.

El pueblo del imperio no es el antiguo pueblo romano. Este habia desaparecido de la haz de la tierra. Ya creo haberlo dicho en el año anterior. El pueblo romano, como una víctima expiatoria se habia sacrificado en el ara de la tierra, en el altar donde centellaba la idea sagrada de la unidad del mundo. Por fundir toda la tierra, por celebrar la unidad del género humano, por abrazar en su inmenso seno todas las razas, por realizar la primera union de la humanidad, union por la fuerza, para que el cristianismo la completara por el amor y por el espíritu, por cumplir su destino providencial, el pueblo romano habia derramado toda su sangre, se habia despojado de su vida, habia cubierto con sus huesos y con sus restos la tierra. El pueblo romano

del imperio era indolente, y pasaba su vida en la pereza, en sus paseos, en sus jardines, en sus grandiosos espectáculos. Sin costumbre alguna de trabajar, sin aficion á la guerra, tenia que consumirse necesariamente en la debilidad, en la afeminacion. Los pueblos extranjeros le habian infundido su sangre, y aquel pueblo era feroz como el galo, indolente como el oriental, ligero como el griego. El pueblo de la República dominó al mundo, y el mundo entero dominó al pueblo del imperio. Las razas mas bárbaras, las mas enemigas de Roma, las que por fuerza se habian sometido á su coyunda, abandonando sus bosques, sus madrigueras, sus montes, corrian á la Ciudad Eterna, donde encontraban un templo, un hogar, un lecho, y allí, sintiendo su corazon agitado por un amor misterioso, su inteligencia conmovida por una idea sublime y extraordinaria, bebiendo el licor de una nueva vida en la copa de los templos y de los festines romanos, se transformaba el bárbaro en otro hombre, é ingeria su vida inocente, su vida salvaje, su vida exuberante en las venas canceradas de Roma; y así la ciudad, en vez de alimentar al mundo, era por el mundo alimentada con nueva sangre; y este maravilloso trabajo, nunca bastante admirado, venia á ser como la gestacion de una nueva ciudad, que perdía el egoismo de razas y de familia, para estender el universal dominio del derecho. Parece que hay aquí una contradiccion, y no la hay, señores. ¿Cómo alabar al pueblo de la República y reconocer que cumplia un destino mas maravilloso el pueblo del imperio? La razon es sencilla. El pueblo republicano mirado desde el punto de vista de Roma es mas grande, pero el pueblo imperial cumplia un destino mas sublime. Dios, que es el eterno artista de la historia, suele con malos instrumentos grabar en el espacio las ideas mas sublimes y mas grandes. Roma abria sus cerrados muros á los hombres que entraban en su recinto á recibir la consagracion de su soberania.

Pero no nos engañemos, señores. La aristocracia durante la República vició y corrompió al pueblo, y durante el imperio, pagó la aristocracia caramente esta corrupcion. Si el pueblo no trabajaba, culpa era de los nobles, que, llevados de la codicia, habian roto en las manos del plebeyo los instrumentos del trabajo, y para mas lucrarse con sus tierras, habian convertido aquellos hermosos fructíferos campos de Italia, donde la agricultura encontraba manantiales de vida, aquellos campos tan cultivados y tan fecundos, en inmensas praderas para el pasto de sus ganados, con el fin de que un solo esclavo pudie-

se cuidar de la tierra y ahorrarse así salarios y jornales; medida económica atroz, señores, pues á un mismo tiempo sumía en la pobreza al pueblo, y en la esterilidad á la tierra; medida que lloraron los nobles con lágrimas de sangre, pues ella planteó el problema social, y atrajo fatalmente la ley agraria; medida que arrojó en las calles y plazas de Roma un pueblo sin trabajo, pronto á toda revolución que mejorase su triste suerte, dispuesto á levantar en sus brazos á cualquier tribuno, ó á cualquier tirano que le prometiera cuando ménos una segura venganza.

Si el pueblo se había acostumbrado á los grandiosos espectáculos, la culpa era de los patricios, pues le daban en toda sazón y por cualquier motivo grandes juegos, grandes fiestas, combates de gladiadores, en que sacrificaban á los hombres mas robustos y mas hermosos del mundo; combates navales celebrados en el campo de Marte, en que morían millares de soldados, enrojando las aguas del Tiber; grandes comidas celebradas en las plazas, á la luz del sol entre cánticos alegres y concertadas armonías; luchas de fieras traídas de los mas apartados climas de la tierra; histriones acariciados por los grandes señores como lo era Roscio por Sila; juegos por el recuerdo del triunfo de Roma sobre Annibal, juegos por el triunfo de César sobre Juba, juegos por la batalla de Filipos, juegos para todas las estaciones del año, juegos instituidos por una gran prostituta, y pagados de sus infames caudales, juegos hasta por la rota de Cannas, y por la toma del Capitolio; pero jugó en que el placer se desbordaba, en que el pudor se perdía, en que corría la sangre y el vino mezclados, en que el pueblo se degradaba, complaciendo así á la nobleza: que en la degradación del pueblo ponía principalmente la nobleza la base de su dominio.

Si el pueblo buscaba un amo, culpa era también de la aristocracia, porque ejercía el patronato, esa institución paternal, de una manera inicua; y lejos de ser la protección y el refugio de los plebeyos, se gozaba en verlos ir humildemente con su espórtula á la puerta de la casa; en mofarse de ellos entre los bufones y esclavos; en tenerlos en el atrio al lado de los perros; en obligarlos á que le llamaran señor y hasta rey, nombre odiado siempre por los romanos; en hacerles ir agitados, sin aliento, detrás de su litera; en mirarlos con desden y con desprecio, negándoles hasta el saludo; en arrojarles un pedazo de pan con ménos carifio que á sus sabuesos; en tenerlos aherrojados á una cadena, y soltarlos solo en los comicios, en el día de la elección

de las magistraturas, para que devorase á sus enemigos, y levantara á sus tiranos al poder; conducta criminal, que debió dar sus frutos; porque el pueblo, que por el instinto y la intuición alcanza mas que las altas inteligencias por el lento raciocinio, comprendió que un gran patrono, levantado sobre los patricios había de humillar á los que le humillaban; y cansado de una tiranía pesadísima, optó por otra tiranía mas liviana, y se entregó á los Césares.

Tal era, señores, el estado de la sociedad romana á la muerte de Neron, con el cual moría la familia de los emperadores. En el año anterior hablé, señores, de esta muerte lastimosa y trágica, que fué tan extraordinaria como había sido su vida. Suetonio, que suele ser vulgar en sus escritos, narra con maravillosa elocuencia, el último trance de aquel hombre, que acertó en desear la inmortalidad y la gloria, y erró en creer que la voluntad consigue todo lo que desea, y en fingirse omnipotente por ser emperador. Todavía mi imaginación, que pinta á mis ojos con cierta realidad los grandes objetos históricos, me ofrece los últimos instantes de Neron, rompiendo la mesa de comer, y quebrando sus mas preciados vasos á la noticia de la insurrección de Galba; incierto entre arrastrarse de rodillas á los pies de su enemigo, ó mover con su elocuencia todo el pueblo, lanzándolo en los campos de batalla; suspirando por ser un pobre artista, sin mas patrimonio que su cítara, ni mas ornamento que su corona de laurel; abandonado á media noche de sus huestes, de sus guardias pretorianas, de sus cortesanos, sin encontrar siquiera el veneno de Locusta para morir muerte súbita y tranquila; llamando de puerta en puerta á las casas de sus antiguos compañeros de orgías, sin encontrar quien le siguiese en sus desgracias cuando tantos le habían seguido en sus vicios; huyendo entre las sombras con túnica corta, con manto roto, y un pañuelo en la cara, acosado por la sed y el hambre, y el cansancio, y las maldiciones contra su nombre espareidas por las auras de la noche; deteniéndose en un lago infecto para beber ¡él! que había pasado su vida en el regalo y en la abundancia; llegando por último á la casa de uno de sus esclavos, y tendiéndose en un pobre colchon sin osar darse pronta muerte; y allí, agitado por sus dolores y sus remordimientos, aprendiendo de los lábios de un ser compasivo la muerte que le decretaba el infame Senado en cuanto le veía vencido, y que consistía en cerrarle el cuello lentamente y abrirle las carnes con varas llenas de espinas; mirando su propia sepultura á su vista cavada y abierta, se consume en una lenta agonía; hasta que por fin, con es-

fuerzo sobrehumano, acaricia su puñal, mira su punta, la prueba algunas veces y la retira, oye rumor de gente que le busca, duda un instante, escucha los clamores de sus domésticos que le ruegan que se liberte de la venganza del Senado, y entonces, como poseído de un vértigo, y pronunciando unas palabras griegas, y sintiendo que el mundo perdía en él un artista, se clava el puñal en la garganta, y á la última luz de su vida ve á sus verdugos, que aparecen á la puerta; y que se lanzan sobre su cuerpo todavía caliente, para arrojarlo, como presa codiciada á sus implacables enemigos, que vivo y poderoso le adularon y le maldecían vencido y muerto. Pero no se crea, señores, que las maldiciones contra Neron eran universales; no se crea que su nombre causaba horror en todos los ánimos, no; algunas gentes que se acordaban de la pródiga largueza de Neron, se dolían de su muerte; y un clamor lastimero poblaba los aires; y sus exequias fueron lujosísimas; y su cuerpo fué envuelto en un rico tapiz blanco bordado de oro; y su sepulcro se alzó en la colina de los jardines, dominando á Roma, tallado en mármoles y pórfiro; y su retrato apareció un día en la tribuna de las arengas; y el rey de los Parthos pedía desde su apartado imperio que el mundo honrase la memoria de Neron; y todos los días sobre su tumba aparecían coronas de flores humedecidas por lágrimas de agradecimiento; y como un aventurero se vendiese por Neron, mucho despues de su muerte, ganóse partidarios en el imperio; y algun emperador subió al trono, porque en su frente se veía resplandecer el reflejo de Neron, alma de artista, maldecida de Dios, por haber osado romper el límite infranqueable, donde se estrella como el mar en la menuda arena toda humana grandeza.

¡Qué cambio tan súbito y tan universal en el imperio! El reinado de Neron habia sido el reinado del epicureismo romano, fácil y ligero; habia sido, en una palabra, la apoteosis del sensualismo. Aquella sociedad, cansada de luchar y reluchar, caía sin fuerzas en el lecho de los festines, cubierta de flores, dejando errar un cántico voluptuoso por los lábios, en una mano la lira vibrando notas de placer, en la otra la copa llena de hirviente licor; y á pesar de tanta alegría, la inteligencia triste y el corazón desgarrado por un presentimiento de muerte. Yo veo la imagen del estado de aquella sociedad admirablemente representada en un festin. El placer todo lo domina; el romano vestido de blanca túnica se tiende perezosamente en su lecho; coronas compuestas de yedra, amaranto, violetas, rosas, nardo y aza-

fran rodean sus sienes y su garganta, para abrir con sus aromas y su frescura los poros y facilitar así las evaporaciones del vino; el aceite aromático arde en la hermosa lámpara que tñe con sus reflejos todo el espacio del Triclinio; el rey del festin ofrece libaciones á los Dioses y entona al compás de regalada lejana música cánticos religiosos; los esclavos elegidos entre los mas robustos y hermosos de la ergástula corren aquí y allá, las manos llenas de platos ocupados con humeantes viandas; los niños de la casa, vestidos lujosamente de seda, renuevan el aire con abanicos de fresco follaje; el cráter de plata rebosa vino de Falerno; bailarinas gaditanas, morenas, ardientes, danzan destellando de sus grandes rasgados ojos la luz de su hermoso cielo, y agitando su negra cabellera al compás que se mece como una caña combatida por el viento su flexible cintura; las jóvenes griegas, envueltas en largos velos, entonan cánticos de sus poetas en la lengua de los dioses; los esclavos imitan un gran combate; los histriones, representan una pantomina; la bóveda del Triclinio se abre, y arroja flores entrelazadas con ricas coronas de oro, y da libertad á raras aves, y llueve esencias y aguas olorosas que embriagan; pero, señores, á pesar de tantos placeres, de tanto lujo, de tanta alegría, se ve en medio de la mesa la figura de un esqueleto para recordar al convidado que no hay en la vida nada tan seguro y tan real como la muerte.

Y, á pesar de esto, aquella sociedad tan dada al placer y á la alegría iba á cambiar de faz completamente. De manos de un epicúreo pasaba la sociedad corrompida á manos de un estóico; de la vida placentera á la vida austerísima y aun feroz. El carácter epicúreo de aquella sociedad no podía ser transformado tan pronto en carácter estóico. La lijereza de aquella vida muelle y regalada no podía avenirse bien con la severidad de los guerreros, que iban á dominar á Roma. El pueblo rey cayó tan bajo, que los estraños le impusieron un emperador. Por vez primera, el mundo dictó leyes á Roma en vez de dictar Roma leyes al mundo. Por vez primera se vió que los emperadores ya no necesitaban para pisar el trono, ni aun hipócritamente, invocar la autoridad del pueblo y del Senado. Por vez primera, la cadena, que ligaba el imperio con los tiempos antiguos, cayó hecha trizas á los golpes de las espadas de los pretorianos. El mundo sintió una congoja tan grande como si la vida se le acabara. El mundo conoció que la civilizacion elaboraba lentamente una nueva idea; que le deparaba la Providencia un cambio de rumbo zozobroso en su inmortal destino. Al fin los emperadores que acababan